

La manzana de la discordia y el juicio de Paris

Por todo el Olimpo se oyen cantos y risas que celebran el matrimonio del mortal Peleo con la bella nereida Tetis. Ni un dios ni una diosa faltan a la fiesta. Sin embargo, una sombra furtiva se ha escondido detrás de uno de los pilares. Quien viese su cara no estaría tranquilo, ya que expresa, a la vez, la cólera, la envidia y la maldad. Avanza hasta colocarse muy cerca de los convidados. El jolgorio es tal en la sala del banquete que nadie la oye murmurar:

-¡Una vez más se han olvidado de invitarme a la fiesta! ¡Acaso no soy yo, Éride, una diosa como las demás! ¿No tengo yo también derecho a divertirme? Puesto que todos me rechazáis, ¡voy a ser yo ahora la que se va a divertir a vuestra costa!



Y diciendo estas palabras, Éride, la malvada diosa que allí por donde va siembra la discordia y la cizaña, arroja sobre el mármol blanco del salón una manzana de oro, que rodando y rodando acaba tropezando en los pies de Zeus. Intrigado por el objeto, el soberano de los dioses la recoge y en voz alta lee la inscripción que en ella hay grabada:

-¡A la más bella!

Zeus se dispone a dejar la manzana cuando la voz de Hera resuena.

-No, mi querido esposo, no dejes ahí esta joya. Si ha ido a parar a tus manos, es para que nos la ofrezcas a alguna de nosotras. ¡Justamente a la más bella! ¿No es así?

Zeus, un tanto confundido, no se atreve a moverse. Siente sobre él no sólo la mirada profunda de su irritable esposa, sino también los encantadores ojos de Afrodita, que se adelanta hacia él segura de ser ella la escogida. Y también Atenea, su querida hija, ¡levanta su cara implorante hacia él! ¿Qué hacer? ¿A quién escoger? Sabe que su elección, sea la que sea, dejará descontentas a las otras dos, que se aliarán, primero, contra él y a continuación contra la afortunada que haya sido elegida. El Olimpo estallará en complots, cotilleos y peleas. Pero es Hermes quien acude en ayuda de su padre.

-¿Por qué no dejar esa elección a un mortal? Estamos seguros de que su elección será imparcial y que la manzana acabará en manos de la más bella.

-Tienes toda la razón, querido hijo. Que se haga como tú dices. Voy a arrojar esta manzana de oro a la tierra, no lejos de Troya, donde vive Paris, joven adolescente que es experto en la belleza de las mujeres. ¡Que él mismo escoja a la más bella de las tres!

Por segunda vez, la manzana es lanzada y cae a los pies del pastor Paris. Sorprendido, éste la coge. Pero su sorpresa crece aún más cuando ve a estos seres divinos rodeados por un deslumbrante halo luminoso.

-Paris, me envía Zeus para que decidas cuál de estas tres diosas es la más bella.

Paris se queda mudo y perplejo durante un instante.

¿No será una trampa de los dioses para perderle?

-¿Cómo voy yo a decidir sobre esto? Sólo soy un simple mortal. Puedo dividir la manzana en tres trozos -dice al ver a las tres diosas.

-No, es necesario que escojas una. ¡Así lo quiere Zeus!

-Pero, yo puedo equivocarme. ¡Que aquellas que yo no elija me perdonen! -añade, dirigiendo una mirada inquieta a las divinidades, que le hacen un gesto de conformidad.

Hera se acerca a París:

-Si me eliges a mí como la más bella, serás soberano de toda Asia y el hombre más rico...

-Por mi parte -la interrumpe Atenea- te proporcionaré la victoria en cuantos combates quieras entablar. Y serás el hombre más sabio..

-En cuanto a mí, obtendrás el amor de la más bella mujer de la Tierra, de Helena, reina de Esparta -dice Afrodita, acercándose tanto al bello adolescente que éste enrojece.

París, entusiasmado, le da la manzana.

Furiosas, Atenea y Hera regresan al Olimpo, jurando, a pesar de la promesa hecha a París, vengarse de él. Afrodita, volviéndose por última vez hacia París, le dirige la más cautivadora de sus sonrisas.

Satisfecha por haber sido la elegida, se alegra todavía más al saber que su venganza contra Tindáreo estará plenamente cumplida. La mujer más bella del mundo es Helena, la esposa de Menelao. París, a su vez, se pregunta cómo un simple pastor puede aspirar al amor de una reina.

Algún tiempo después, Príamo, rey de Troya, organiza, como tiene por costumbre, los juegos fúnebres en honor de su hijo, muerto ya hace tiempo. Todos los años no falla nunca a esta cita, a pesar de que este rito le haga recordar una triste historia.

En efecto, poco antes de dar a luz a su segundo hijo, Hécuba, la mujer de Príamo, tuvo un sueño: ella traía al mundo no un niño, sino una antorcha repleta de serpientes de fuego que incendiaba la ciudad. Rápidamente se consultó a los adivinos, porque el rey y la reina temían que este sueño fuera el anuncio de una terrible catástrofe.

-¡Matad a ese niño en cuanto nazca, de lo contrario y a causa de él, Troya será destruida por las llamas! -les dijo el oráculo al que consultaron.

Esa misma noche, Hécuba trajo al mundo un niño. Pero ante el vigor y la belleza de su hijo no tuvo el valor de dejar que se cometiera ese crimen. Sin confesar su intención, permitió a Príamo apoderarse del recién nacido para que se lo diera a un pastor.

-Este niño debe morir. Los adivinos lo exigen, si queremos evitar que nuestra bella ciudad sea destruida. Lo siento. Cuando hayas cumplido tu tarea, tráeme una prueba de su muerte. ¡Vete! -ordenó el rey al pastor.

Ya estaba éste a punto de abandonar el palacio, cuando Hécuba, sofocada, lo retuvo.

-Salva la vida de mi hijo, te lo ruego. Llévalo lejos de aquí para que no se cumpla nunca la horrible predicción. No lo veré crecer, pero por lo menos sabré que está vivo.

El pastor, de corazón sensible, se fue con un saco al hombro dentro del cual llevaba oculto al recién nacido. En secreto, llegó a su pueblo en la montaña y confió el preciado fardo a su mujer que también acababa de tener un niño: le llamó Alejandro.

Para hacer creer al rey que había cumplido con su penoso encargo, el pastor envió la lengua de un perro, diciéndole que era la del hijo de Hécuba.

A partir de ese día, Troya celebra mediante los Juegos la muerte del segundo hijo de Príamo, llamado París. Este año, el premio otorgado al vencedor será un toro. Así ha decidido Príamo, que envía a sus criados para que aparten uno del rebaño del mismo pastor que había dejado con vida a su hijo. París decide participar en los juegos. Es fuerte y valeroso y se siente con fuerzas para competir con los mejores príncipes del reino. Su padre adoptivo quiere disuadirle, pero no lo consigue. En vista de lo cual padre e hijo se ponen en camino.

París-Alejandro sale vencedor de todas las pruebas. Pero los otros hijos del rey no lo ven de la misma forma. Celosos, deciden dar muerte a este desconocido con demasiada suerte. Ya desenvainan las espadas cuando el anciano pastor corre hacia la tribuna que ocupa el rey.

-¡Oh Rey mío, detenles! ¡Es a tu hijo París, desaparecido hace mucho tiempo, al que van a matar!

Sin perder tiempo, Príamo hace venir a Hécuba, que confiesa la verdad. Lejos de quedar decepcionado, el rey hace conducir triunfalmente al hijo que creía muerto hasta el palacio. Banquetes y sacrificios celebran su vuelta a pesar del aviso de los sacerdotes, que no han olvidado su sueño profético.

-¡Prefiero antes que Troya sea destruida que matar a mi hijo reaparecido! -les dice Príamo.

La guerra de Troya

Hasta la llegada de las diosas y el momento del Juicio, Paris había amado a una ninfa del Ida llamada Enone. Cuando Afrodita le prometió el amor de Helena, abandonó a Enone y partió para Esparta, lo acompañó Eneas. Cuando llegaron al Peloponeso, Eneas y Paris fueron recibidos por los hermanos de Helena, los Dioscuros, que los condujeron a la corte de Menelao. Éste los acogió hospitalariamente y los presentó a Helena. Después, habiendo sido llamado a Creta para asistir a unos funerales, Menelao encargó a su esposa que dispensara toda clase de atenciones a sus huéspedes, y le ordenó que los dejase permanecer en Esparta durante el tiempo que ellos deseasen. No tardó Paris en enamorar a Helena y le prodigó regalos. Helena acudió a su lado, reunió todos los tesoros que le fue posible y, abandonando a su hija Hermíone, de nueve años, huyó con su amante durante la noche.

A su llegada a Troya, Helena fue acogida por Príamo y Hécuba, que quedaron maravillados por su belleza. Helena vivirá con Paris y será considerada por todos como su esposa, pero generalmente es detestada por el pueblo troyano, que la considera la causa de la contienda. Sólo Héctor y Príamo saben que el verdadero motivo de la guerra está en la voluntad de los dioses; por eso se muestran benévulos con ella.

En la ocasión en que un gran número de pretendientes solicitaban la mano de Helena, Tindáreo, los ató por un juramento, en virtud del cual se comprometían a respetar la decisión de Helena y a no disputar la posesión de la doncella al pretendiente elegido. Cuando Menelao fue advertido del rapto de su mujer, pidió auxilio a su hermano Agamenón. Éste recordó a los jefes el juramento prestado, y así se formó el núcleo del ejército destinado a atacar Troya. Entre estos reyes se encontraban Aquiles y Odiseo (Ulises).

Se cuenta que Ulises se había fingido loco para eludir tomar parte en la campaña. Palamedes puso de manifiesto su estratagema, y con ello se ganó el odio del héroe. Más tarde, Ulises se entrega con ardor a la causa de los

Atridas. Va en busca del joven Aquiles. Finalmente, lo descubre en Esciros y se disfraza de mercader y entra en el gineceo del rey Licomedes, donde vivía Aquiles. Allí, mientras ofrecía telas y armas de su surtido, reconoció a Aquiles en la prisa con que éste escogió las armas.

Agamenón fue elegido comandante supremo. Gran cantidad de soldados griegos prepararon y cargaron los barcos con los que atravesarían el Egeo, pero el viento no soplabla con fuerza, por lo que consultaron los oráculos, estos les advirtieron que Artemisa solicitaba un sacrificio, el de la hija del propio Agamenón, en parte porque el rey hacía años había matado uno de los ciervos que pertenecían a la Diosa. Agamenón accedió, pero ello aumentó el odio de su esposa Clitemnestra.

Cuando los griegos llegaron a las costas de Troya, sabían que esta sería una guerra larga, Troya era la ciudad amurallada más inaccesible de todas. Transcurrieron los nueve primeros años de asedio. En el décimo año, Agamenón participa, con Aquiles, en diversas incursiones de piratería contra las ciudades de los contornos. Del botín cobrado, Aquiles se quedó con Briseida, y Agamenón, con Criseida, hija del sacerdote de Apolo, Crises. Éste reclamó a su hija, Agamenón rehusó, y, en castigo Apolo envió una peste al ejército griego. La asamblea de los soldados obliga a Agamenón a restituir a Criseida; pero el rey pide, a cambio, que Aquiles le entregue a Briseida. Aquiles no tiene más remedio que entregar a la doncella, pero se niega a combatir.

Debido a las necesidades de la batalla, Agamenón imploró a Aquiles que volviera a la batalla, pero este se negó. Patroclo, no pudiendo resistir, pide a Aquiles permiso para acudir en auxilio de los griegos, cuyos barcos van a ser incendiados. Aquiles se aviene a prestarle su armadura. Muy pronto, Patroclo muere a manos de Héctor. Su amigo es presa de un inmenso dolor.

A la mañana siguiente Aquiles propone a Agamenón olvidar sus diferencias. Está dispuesto a combatir a su lado. A su vez,

Agamenón le pide perdón y le restituye a Briseida. Aquiles se dirige a Troya y cuando llega, sólo Héctor se halla ante las puertas Esceas. Pero, en el momento de entrar en combate, al ver avanzar a Aquiles, el troyano siente miedo. Dando tres veces la vuelta a la ciudad, Aquiles se lanza a la caza del hombre. Héctor decide hacer frente al enemigo y muy pronto muere. Al expirar, pide a su enemigo que entregue su cadáver a Príamo. Aquiles se niega y lo arrastra atado a su carro tras perforarle los talones y atarlos con una correa. Luego regresa al campamento, y se celebran los funerales de Patroclo.

Todos los días, Aquiles arrastra alrededor de Troya el cuerpo de su enemigo, el que le arrebató a su llorado amigo Patroclo. Al cabo de doce días, Tetis, por encargo de Zeus, comunica a Aquiles que los dioses se sienten indignados por su falta de respeto a los muertos. Príamo, que acude en embajada a reclamarle el cadáver de Héctor, es bien recibido por Aquiles, el cual le devuelve a su hijo a cambio de un cuantioso rescate.

Aquiles encontrará la muerte, cuando, habiendo obligado a los troyanos a retroceder a las murallas de la ciudad, Paris lo detiene de un flechazo en el talón, único punto vulnerable de su cuerpo. Pero si la flecha fue disparada por Paris, su trayectoria fue trazada por el propio Apolo. Otra versión pretendía que el arquero no fue Paris, sino el mismo Apolo, que había adoptado sus rasgos.

La guerra de Troya duró cerca de diez años, el cansancio y la imposibilidad de hacerla caer, hizo que Ulises ideara una sabia manera de vencer a los troyanos. Si era imposible hacer salir a los soldados de la ciudadela amurallada, entrarían ellos.



El caballo de Troya

La idea era entregar el caballo más grande que se hubiera creado nunca como regalo al rey Príamo. Así pues, durante tiempo, y alejados de las tropas troyanas empezaron a construir la colosal estatua de madera, hueca por dentro. Los delegados griegos fueron a hablar con el rey troyano para decirle que se retiraban de la batalla y en concepto de su buena voluntad le harían entrega de un regalo. Cuando el rey Príamo vio el caballo quedó asombrado por sus magnas proporciones, y sin sospechar lo que había dentro, abrió las puertas de la ciudad y dejó pasar la estatua. Al anochecer, los soldados que estaban dentro del caballo, lanzaron sus cuerdas y escalerillas y abrieron las puertas para que todos los soldados griegos entraran. La última batalla se saldó con una ciudad destruida por las llamas.

Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*